

Documentos

El perro Nevado. Leyenda Histórica*

Tulio Febres Cordero [Notas: Francisco Franco]

“El Perro Nevado” es un relato colectivo que todavía se cuenta en los Andes venezolanos. Narra la historia de un perro —seguramente de raza mucuchicero— que es regalado a Bolívar por un lugareño, con cierto estatus político y económico, durante su paso por Mucuchíes en la independencia. Llama la atención que la figura del animal está ligada estrechamente a la de un indígena, Tinjacá; él es su cuidador —más no su amo— y es llamado para que se haga cargo del perro. Dicho de otra manera, el perro y el indígena son “obsequiados” a Bolívar. Luego lucharán a su lado y se convertirán en fieles adeptos del Libertador, morirán por su causa, experimentando los vaivenes de la guerra independentista. Aunque se cuenta en la tradición oral de los Andes merideños, gracias a Tulio Febres Cordero nos ha llegado una versión escrita que indudablemente ha contribuido a su difusión, aunque primeramente fueron orales¹. Como muchos de sus textos son leídos desde hace muchos años en las escuelas merideñas. Este autor lo reconoce como una “leyenda histórica”, es decir le reconoce cierta “verdad histórica” y a la vez lo asume como una narración con imprecisiones, según una clasificación decimonónica. Hay que destacar que desde hace tiempo la plaza de Mucuchíes tiene al lado de la estatua de Bolívar una efigie en homenaje a Tinjaca y al perro Nevado. Recientemente se construyó un monumento en la carretera trasandina en homenaje a estas dos figuras (ver imagen en la pág. 208 de esta revista) .

Este texto, como relato mítico que es —tal como debe ser leído— nos ofrece una visión colectiva, no oficial, y distinta a la dada

* Tomado de Tulio Febres Cordero. 1983. *Antología Bolivariana*. Mérida: Municipio del Distrito Libertador. (Edición del Bicentenario del Natalicio del Libertador, pp. 35-50. El original fue publicado por primera vez en 1923 en *Archivo de Historia y Variedades*. Tomo II. Caracas: Parra León Hermanos Editores, pp. 303-319.

¹ Como lo son “Las cinco Águilas Blancas” y “El alma de Gregorio Rivera”. Ver: Francisco Franco. 2009. *Muertos, fantasmas y héroes. El culto a los muertos milagrosos en Venezuela*. Mérida: ULA, Consejo de Publicaciones, pp. 141-173 y 185-195.

por la historiografía acerca de la independencia y recientemente con el proceso político promovido por el presidente Chávez tal vez se ha reformulado, tal como lo hacen los mitos. Se corresponde a una imagen de la independencia donde sectores sociales y regionales marginales intentan a través del mito entrar y protagonizar la Historia de La Independencia.

Incluimos en esta sección un fragmento de este texto para llamar la atención acerca de esta visión de la historia de la independencia venezolana, todavía por estudiar.

[...]

En una brumosa tarde junio del año de 1813, se detuvo una escolta de caballería frente a la casa de Moconoque, sitio distante una legua de la villa de Mucuchíes, pra entonces el lugar más elevado de Venezuela. La casa parecía desierta, pero apenas habrían dado dos o tres toques en la puerta, cuando instintivamente los caballos que estaban más cerca retrocedieron espantados. Un enorme perro salió a la mitad del camino dando furiosos aullidos. Era un animal corpulento y lanudo como un carnero, de la raza especial de los páramos andinos, que en nada cede a la muy afamada de los perros del monte de San Bernardo.

Ante la actitud resuelta y amenazadora del perro brillaron de súbito diez o doce lanzas enristradas contra él, pero en el mismo instante se oyó a espaldas de [p. 35] los dragones una voz de mando que en el acto fue obedecida:

- ¡No hagais daño a ese animal! ¡Oh, es uno de los perros más hermosos que he conocido!

Era la voz del Brigadier Simón Bolívar, que cruzaba los ventisqueros de los Andes con un reducido ejército. Por algunos momentos estuvo admirando al perro que parecía dispuesto a defender por sí solo el paso contra toda la escolta de caballería, hasta que el dueño de la casa, Don Vicente Pino, salió a la puerta y lo llamó con instancia.

- ¡Nevado! ... ¡Nevado! ¿Qué es eso?

El fiel animal obedeció en el acto y se volvió para el patio de la casa gruñendo sordamente. Su pinta era en extremo rara y a ella debía el nombre de Nevado, porque siendo negro como un azabache, tenía las orejas, el lomo y la cola

blancos, muy blancos, como los copos de nieve. Era una viva representación de la cresta nevada de sus nativos montes.

El señor Pino, que era un respetable propietario, se puso inmediatamente a las órdenes de Bolívar y sus oficiales, y obtenidos de él los informes que necesitaban referentes a la marcha que hacían, la continuaron hasta Mucuchíes, donde iban a pernoctar. Bolívar miró por última vez a Nevado con ojos de admiración y profunda simpatía, y al despedirse, pregunto al señor Pino si sería fácil conseguir un cachorro de aquella raza.

- Muy fácil me parece, le contestó, y desde luego me permitió ofrecer a S.E. que esta misma tarde lo recibirá en Mucuchíes, como un recuerdo de su paso por estas alturas.

Media hora después de haber llegado el Brigadier a la citada villa, le avisaron que un niño preguntaba por él en la puerta de su alojamiento. Era un chico de once a doce años, hijo del señor Pino, que iba de parte de este, con el perro ofrecido.

- ¡El mismo perro Nevado! Exclamó Bolívar. ¿Es este el cachorro que me envía su padre?

-Sí, señor, este mismo, que es todavía cachorro y puede acompañarle mucho tiempo.

- ¡Oh, es una preciosa adquisición! Dígale al señor Pino que agradezco en lo [p. 36] que vale su generoso sacrificio, porque debe ser un verdadero sacrificio desprenderse de un perro tan hermoso. [...]

Bolívar quedó contentísimo con el espléndido regalo, y no cesaba de acariciar a Nevado, que por su parte no tardó en corresponderle las caricias, haciéndolo en ocasiones con tanta brusquedad que más de una vez hizo tambalear al Libertador al echársele encima para ponerle las manos en el pecho.

Averiguando con varios señores de Mucuchíes si habría en la tropa algún recluta del lugar conocedor del perro, para confiarle su cuidado y vigilancia, se le informó que en el destacamento que comandaba Campo Elías había un indio que era vaquero de la finca del señor Pino, y de consiguiente conocedor del perro y de sus costumbres.

No fue menester más. Inmediatamente despachó Bolívar una orden a Campo Elías, que estaba acampado fuera del pueblo, para que le mandase al consabido indio, llamado Tinjacá. Era este un indígena de raza pura, como de treinta años, leal servidor y de carácter muy sencillo. La orden, despachada a secas sin ninguna explicación, fue militarmente obedecida. El indio se encomendó a Dios, confuso

y aterrado, al verse sacado de las filas, desarmado y conducido a Mucuchíes con la mayor seguridad y sin dilación alguna. el pobre creyó que lo iban a fusilar.

Era ya de noche, y Bolívar, envuelto en su capa por el frío intenso del lugar, revisaba el campamento acompañado de algunos oficiales, cuando se le presentaron con el recluta.

- ¿Eres tú el indio Tinjacá?

- Sí, señor.

-¿Conoces el perro Nevado del señor Pino?

- Sí, señor, se ha criado conmigo.

- ¿Estás seguro de que te seguirá a donde quiera que vayas sin necesidad de cadena? [p. 37].

- Sí, siempre me ha seguido, contestó el indio volviendo en sí de su estupor.

- Pues te tomo a mi servicio con el único encargo de cuidar del perro. [...]

Todos quedaron admirados del hecho, que vino a aumentar, si cabe, la estimación y afecto que ya Bolívar tenía por su perro. El mismo le daba a comer, porque decía que el perro debe recibir siempre la ración directamente de las manos del amo. El resultado de estas contemplaciones fue que a los pocos días ya Nevado tenía por su nuevo amo el mismo cariño que demostraba por Tinjacá, y que Bolívar aprendió a llamarle de muy lejos con el mismo silbido cuasi salvaje que le enseñó el indio. [...]

Nevado compartió los azares y la gloria de aquella épica campaña de 1813. Sus furibundos latidos se mezclaban sobre los campos de batalla al redoble de los tambores y estruendo de las armas. Era un perro de continente fiero, semejante a un terranova, pero singularmente hermoso, que se atraía las miradas de todos en las ciudades y villas por donde pasaban.

El siete de agosto, en la entrada triunfal a Caracas, Nevado, acezando de fatiga, seguía a su amo bajo los arcos de triunfo y las banderas que adornaban las calles de la gentil ciudad. Más de una flor perfumada, de las muchas que arrojaban de los balcones sobre la cabeza olímpica del Libertador, vino a quedar prendida en los niveos vellones del perro.

El hermoso Nevado era digno de aquellas flores [p. 39] [...]

Meses antes, sobre el campo de Carabobo, donde habían sido derrotados por completo las armas realistas. Nevado estuvo a punto de ser lanceado al precipitarse fusioso sobre los caballos enemigos. El perro parecía perder el juicio a vista del humo

de la pólvora, del choque de las armas y las sangrientas escenas de combate.

Para prevenir este mal, ordenó Bolívar a Tinjacá que tuviese amarrado el perro en las acciones de armas; y esta orden, estrictamente obedecida, fue acaso su perdición en La Puerta, porque sus fuertes latidos, escuchados desde muy lejos, orientaron a los perseguidores, y de pronto descubrieron estos a Tinjacá, que huía siguiendo los pasos de Bolívar, pero entorpecido por el perro que iba amarrado a la cola del caballo.

El perro y su guardián fueron presentados a Boves como una presa inestimable. Hasta las filas realistas había llegado la fama del nombre animal. En los labios de Boves apareció una sonrisa siniestra, y con la refinada malicia que lo caracterizaba se dirigió al atribulado indio diciéndole:

- Has cambiado de amo, pero no de ofició. Te necesito para que me cuides el perro, y por eso te perdono la vida. Yo se que no atreverás a huir, porque el sería el primero en descubrirte hasta en las entrañas de la tierra.

Boves acarició a Nevado, seducido pro su tamaño y rarísima pinta, pensando desde luego aprovecharse de su finísimo olfato para descubrir algún día el paradero de Bolívar y sus más allegados tenientes, a quienes el perro no podría olvidar en mucho tiempo [p. 40]. [...]

Tinjacá y el perro fueron incorporados en la guardia personal del feroz caudillo, alojándose con él en la casa del suizo, recinto lleno de patriotas, asiladas allí por el temor a los ultrajes de la soldadesca desenfrenada. [...]

El indio concibió al punto la idea de fugarse con el perro, su fiel e inseparable [p. 41] compañero, pero lo detuvo la consideración de que Nevado lo comprometía...

... Con suma rapidez se allegó a él, lo acarició con más extremos que nunca y disimuladamente le cortó el collar de cuero de donde pendía la cadena, dejándolo unido apenas por un hilo, de suerte que Nevado con poco esfuerzo se viese libre; y repitiéndole sus extremadas caricias, hasta dejarlo sosegado, se alejó de allí, escurriéndose por entre la mucha gente que llenaba la casa.

Al verse en la calle, consultó la dirección del viento y se alejó de aquella mansión diabólica. Más de una vez se detuvo y vaciló. El paso que daba podía costarle la vida. Tenía muy presentes las palabras de Boves cuando cayó prisionero en La Puerta. Huir solo era menos expuesto pero no podía resignarse a abandonar el perro, por el cual sentía un cariño entrañable, una cariño que rayaba en culto, a que se unía el orgullo de ser el único guardián,

el único responsable de aquel animal que era para Bolívar una joya de gran valor. El pobre indio de los páramos veía en Nevado el talismán de su fortuna; a él debía su posición al lado del Libertador, y el cariño sincero que este le profesaba. Abandonarlo, era sacrificar su carrera, su porvenir, era sacrificarlo todo. [...]

Oyóse un silbido lejano que pasó inadvertido para los presentes, pero no para el perro, que partió, como tocado por un resorte eléctrico, desapareciendo a la vista de los circunstantes, a tiempo que el mismo Boves salía a la puerta y lo llamaba con instancia. Cuando este se convenció, por el examen de la cadena, que la fuga del perro era premeditada, se colmó en su ánimo la medida del odio y de la venganza. [...]

Al cabo de algunos días logró incorporarse a la gente de Rodríguez, el jefe patriota de la guarnición de San Carlos, llamado por Escalona cuando supo la aproximación de Boves [...]

Tinjacá y Nevado, como era natural, estaban allí [en Mucuchíes combatiendo contra los realistas] con la fuerza de Linares en su tierra nativa, y se vieron envueltos en aquel combate heroico que fue desastroso para los patriotas...

¿Qué había sido de Tinjacá y de Nevado? Tratándose del perro del Libertador, Urdaneta y su oficialidad averiguaron inmediatamente con los derrotados por su paradero, pero nadie dio razón y se temió que hubiese caído otra vez en manos de los españoles. Pero esto no era cierto, porque sabedor Calzada de que el perro se hallaba en el combate de Mucuchíes hizo las más escrupulosas pesquisas para descubrirlo, allanando al intento la casa y hacienda del señor Pino su primitivo dueño; pero todo fue en vano: Tinjacá y Nevado no se volvieron a ver. Parecía que se los había tragado la tierra.

Meses después, cuando Bolívar y Urdaneta se vieron en Pamplona por primera vez después de estos desastres, aquel supo con tristeza la historia del [p. 44] perro, y admirando la fidelidad y valentía del indio, exclamó con entera seguridad.

- ¿Sabe usted, Urdaneta, que abrigo una esperanza?

- Espero conocerla, general.

- Pues creo que mi perro vive y que lo hallaré cuando atravesemos de nuevo los páramos de los Andes para libertar a Venezuela.

- No era la primera vez que Bolívar hablaba en tono profético [p. 45]

[...]